

DIOS Y CESAR: PAZ Y MILITARISMO
(Hacia una Teología Bíblica de la Paz – V)

Introducción:[1]

"Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellos se hacen llamar bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc. 22:24-27, Bib. de Jer.; cf. Mt. 20:25-28; Mc. 10:42-45; Jn. 13:12-17; 18:36).

En estos pasajes, juntamente con palabras similares pronunciadas por Jesús en otras ocasiones, encontramos el concepto básico que tuvo Jesús de la autoridad civil y su función. Los pasajes encontradas en los Sinópticos son paralelos. Y el pasaje en Juan 13:12-17, si no es formalmente paralelo, sí lo es en contenido y contexto. Sin duda estos textos son aún más fundamentales para la visión neotestamentaria de la relación entre cristianos y la autoridad civil (Iglesia y Estado) que Romanos 13 o Apocalipsis 13 que, de acuerdo con el concepto de algunos, representan el estado bueno, en que los cristianos debemos participar obedientemente, y el estado malo, contra el cual debemos rebelarnos.

A) Dios y Cesar[2]

En la cristiandad occidental los cristianos generalmente han leído Romanos 13:1-7 a través de una óptica constantiniana, llegando a la conclusión de que el Nuevo Testamento ordena la obediencia de los cristianos a las autoridades civiles en su ejercicio de la fuerza coercitiva necesaria para mantener la paz y el orden en la sociedad secular. Y además, de acuerdo con esta visión, se nos ofrece orientación sobre las funciones de las autoridades

[1] Véase a Juan Driver, *Contra Corriente: Ensayo sobre eclesiología radical*, Ciudad de Guatemala, Ediciones Clara-Semilla, 1998, pp. 113-115.
[2] Para esta sección véase a John H. Yoder, *Jesús y la realidad política*, Buenos Aires: Ediciones Certeza, 1985. Pp. 139-152.

civiles en la cristiandad. Sin embargo, cuando Romanos 13:1-7 es interpretada en su contexto inmediato en los capítulos 12 y 13 de Romanos, y en relación con el resto del Nuevo Testamento, y especialmente con el ejemplo y las enseñanzas de Jesús, se comprueba que las interpretaciones constantinianas tradicionales carecen de base bíblica.

1) Romanos 13:1-7 no representa un resumen realmente fundamental de la actitud neotestamentaria hacia el estado. En realidad es una visión entre varias que encontramos en el Nuevo Testamento. Estas incluyen: a) la idea de que los gobiernos humanos son parte de la esfera de Satanás. Los relatos de las tentaciones de Jesús aparentemente presuponen esto. b) Los gobiernos humanos están incluidos entre los principados y las autoridades caídos (Col. 2:15 y Ef. 6:12). c) El estado es visto como perseguidor de la comunidad mesiánica (Apoc. 13; 1 de Pedro y Santiago).

2) Romanos 12 y 13 forman una unidad literaria y deben ser interpretados como una unidad. Romanos 12 describe relaciones interpersonales en la comunidad cristiana. Estas incluyen amor hacia los perseguidores (12:14-21). Se señala que a los cristianos no les corresponde la venganza, pues la ira es la prerrogativa exclusiva de Dios (12:19). El único deber que les toca a los creyentes es amarse unos a otros, tema que es articulado en Romanos 13:8-10. El amor, en este contexto significaría ayudar al prójimo, y al adversario, a llegar a ser todo lo que Dios ha querido que sea. Hay un notable contraste entre la función asignada a las autoridades (13:4) y la que corresponde a los cristianos. De modo que Romanos 13:1-7 debe ser interpretado en este contexto amplio.

3) En lugar de pedir que los cristianos apoyen incondicionalmente a las autoridades, este texto significaba para los cristianos judíos en Roma, viviendo bajo un gobierno con una política oficial anti semítica y de arbitrariedad imperialista, una llamada a asumir una postura no violenta hacia un gobierno tiránico. Pablo escribía a una comunidad que posiblemente estaba siendo tentado a apoyar una opción anárquica. En esa época los esclavos en Roma habían intentado una sublevación y la población judía estaba fuertemente influenciada por ideas de los Zelotes. Por lo tanto, la intención original del pasaje no sería fomentar el patriotismo, sino advertir contra violencia revolucionaria. Es un llamado a nuevos ciudadanos entusiastas del reino de Dios que, aunque sean relegados a una posición netamente secundaria, deben tomar en serio a los reinos de este mundo. Por eso el texto llama a los cristianos no a la obediencia, sino al sometimiento a la autoridad civil (13:1).

4) Y aún en esta subordinación, los cristianos retienen su propia independencia moral. Se le rinde al gobierno solamente aquellas cosas que le corresponden. La única cosa que se le debe a todo el mundo por igual es el amor (13:8). De modo que el amor es la norma con que se evalúa lo que las autoridades piden de sus súbditos. La subordinación a la que se nos llama es al poder de turno, bueno o malo. No se trata de una institución u ordenación, de parte de Dios, de un gobierno en particular. En la historia de la iglesia esto se ha visto de varias maneras. Una postura "positivista" sugiere que es el gobierno particular que ha sido instituido por Dios. Esta postura tradicionalmente ha sido parte de la visión luterana. Otra posición "legitimista" o

"normativa", diría que un gobierno bueno ha sido instituido por Dios y merece nuestro sometimiento. Tradicionalmente esta postura ha sido la de los zuinglianos o calvinistas. Otra visión diría que Dios establece gobiernos en el sentido de "alinear" u "ordenar" a los poderes mas bien que crear, instituir, o comisionarlos. Dios los alinea con sus propósitos para el bienestar de la humanidad. Esta sería una postura de tipo radical.

5) En Romanos 13, el sometimiento requerido no incluye el servicio militar o policial. Roma no pedía esto a los pueblos sometidos. Esto era "privilegio" sólo de ciudadanos romanos. A esta altura la iglesia en Roma sería compuesta de judíos y esclavos y otras personas procedentes de las colonias conquistadas que no serían aptos para este servicio. Las funciones mencionadas en Romanos 13:3-4 no eran requeridas de los cristianos y lo que se les pide en vss. 6-7 no incluye servicio policial o militar. La tentación entre los cristianos sería la de sublevarse.

6) La función de "llevar la espada", a la cual los cristianos son llamados a someterse, es judicial o policial. No parece referirse a la pena capital ni a la guerra. La "espada" (13:4) es "machaira", símbolo de autoridad judicial. Este texto no provee una justificación para una doctrina de "guerra justa" ni es apoyo para la pena capital.

7) En todo esto el cristiano se sujeta al gobierno pero retiene su independencia moral y ejerce su propio juicio ético. No dice que todo lo que haga o pida el gobierno es bueno, aunque Dios ha querido que haya gobierno humano. Las autoridades públicas contribuyen a la intención de Dios en la medida en que contribuyen al auténtico bienestar de los ciudadanos. "Pagad a todos lo que debéis" (13:7) no significa que debemos obedecer en absolutamente todo a los gobernantes. Romanos 13:7 no es una lista de lo que debemos al gobernante: tributo, sí; impuesto, sí; respeto (fobon), no; honra, probablemente. Una lista similar en 1 de Pedro 2:17 incluye: honrad a todos; amad a los hermanos; temed (fobesthe) a Dios; y honrad al rey. En otras palabras esta instrucción significa lo mismo que "dad a Cesar lo que es de Cesar, y a Dios lo que es de Dios" (Mt. 22:21). La instrucción fundamental para los seguidores de Jesús en este texto es "Pagad a todos lo que debéis … No debáis a nadie nada sino el amaros" (Rom. 13:7-8). Las exigencias de Cesar no deben contradecir el deber del amor, definido en Rom. 13:10, como aquello que "no hace mal al prójimo". De modo que las autoridades no deben contar con los seguidores de Jesús en algo que perjudica al semejante.

El Dios de la Biblia es único, justo, santo, poderoso y universal (Is. 40) que no puede ser simbolizado por ninguna imagen de fabricación humana, ni por medio de representante humano alguno. En cambio, en Egipto se creía que el rey poseía poder y sabiduría divinos. El Faraón egipcio y los reyes de Babilonia y de Asiria fueron tenidos por dioses, o por representantes directos de los dioses. Los emperadores romanos también fueron investidos con la deificación. Esta deificación había sido firmemente resistido por los profetas en Israel Antiguo y ahora los cristianos primitivos seguían resistiéndola hasta la muerte. Al ceder posteriormente a las exigencias del emperador, la iglesia reflejaba más

las influencias paganas que les rodeaban que sus raíces hebreas. La doctrina posterior del "derecho divino de los reyes" no tiene fundamento bíblico.

Los alcances de las palabras de Jesús, "dad a Cesar lo que es de Cesar y a Dios lo que es de Dios" (Mt. 22:21), se aclaran a la luz de la visión bíblica del carácter ilimitado del reinado de Dios. No se trata de una simple división entre dos reinos distintos en que cada uno tiene sus propias esferas, metas y normas igualmente válidas. Jesús realmente actuaba y enseñaba como si hubiera un sólo reino válido, el de Dios. Y lejos de ser otro reino independiente, el orden social del Imperio Romano era, para Jesús, sencillamente una parte del orden de Dios que abarca el universo entero. No se trata de un compartir lealtades entre Cesar y Dios. Si "del Señor es la tierra y su plenitud" (Sal. 24:1), entonces ¿qué en toda la tierra es del Cesar? En última instancia, nada. Juan resume bien la visión neotestamentaria de la historia , "los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos" (Apoc. 11:15). Y aunque esta visión tiene obvias implicaciones para el futuro, para los cristianos del primer siglo, era ya una realidad. Si no fuera blasfemo, sería ridículo, que Cesar pretendiera decidir lo que le corresponde a él. Sin embargo, cristianos pronto llegarían a pensar así y hasta el día de hoy persisten en ello.

Romanos 13:1 no implica una "obediencia" en el sentido de someter totalmente nuestros deseos y nuestras acciones a los deseos de la autoridad, sino "someternos". Los cristianos lo tuvieron bien claro. Rehusaron rendirle el culto a Cesar que se les exigía pero en su testimonio no dudaban en confesar que uno era su Señor, Jesús. Y con esta firmeza testimonial no dudaron sellarlo con su muerte a manos de las autoridades, dando lugar a un nuevo término en el vocabulario de la iglesia - mártir.

Apocalipsis 13 suele concebirse como la descripción de un estado malo contra el cual deben rebelarse los cristianos. En este caso también, la perspectiva es típicamente constantiana. Cuando tomamos en cuenta la centralidad del ejemplo y las enseñanzas de Jesús para el concepto de la relación entre los cristianos y la autoridad civil, podemos captar el carácter radicalmente diferente de esa "guerra del cordero" que vence con la espada aguda que sale de su boca y "la paciencia y la fe de los santos" (Apoc. 13:10).

Romanos 13, y otros pasajes utilizados para justificar la participación de los cristianos en el servicio militar, realmente nos exhorta a resistir esos esfuerzos a meternos en el molde de los sistemas mundanos, conformistas y paganos, a fin de comprometernos libremente a vivir con una lealtad completa a Dios bajo el señorío de Jesucristo. El Nuevo Testamento enseña que la lealtad y la relación de los cristianos a las autoridades civiles tiene límites: orar por ellos y honrarlos siempre, pero sublevarnos nunca y obedecerlos cuando no están en conflicto con la voluntad de Dios. (Véase 1 Tim. 2:1-2; Hech. 5:29).

La primera decisión que tuvo que tomar el Mesías, en relación con el estado, era si iba a tomar control de él, o si iba a utilizarlo para lograr los propósitos de Dios en el mundo. Esta fue fundamentalmente la tentación satánica con que Jesús luchó al comienzo, y a lo largo, de su ministerio mesiánico (Lc. 4:1-13). Según el testimonio unánime de los Evangelios, Jesús rechazó esta tentación. De acuerdo con el Nuevo Testamento,

probablemente no rechazó esta alternativa meramente, porque aplicaba los textos veterotestamentarios sobre el respeto para la vida del prójimo en forma más radical que sus contemporáneos. Tampoco sería porque, al estilo dualista de los Esenios, pensaba dejar el mundo tal como estaba, retirándose totalmente de él y renunciando a toda responsabilidad social. Se debe, sin duda, a una nueva visión del camino que ha de tomar el hombre de Dios en el mundo. En los propósitos de Dios, su Ungido toma la condición de Siervo. Y si Jesús renunció a la posibilidad de ejercer el señorío, tal como la autoridad se ejerce en el mundo, también sus discípulos lo habrían de renunciar igualmente.

Tanto Mateo como Marcos señalan que el camino que le corresponde al Ungido de Dios en el mundo es “dar la vida en rescate por muchos”. Por su parte, Lucas contrasta la vida de servicio asumida por Jesús en medio de su comunidad con la costumbre de las autoridades civiles que “se hacen llamar benefactores”. La ironía de esta descripción de la pretendida función de la autoridad civil no habría pasado desapercibida entre los oyentes de Jesús y los primeros lectores del Evangelio de Lucas. Estos “benefactores” fueron en realidad sus opresores. Y hasta el día de hoy, los así llamados “servidores públicos” son muchas veces todo menos eso.

Sin embargo, esta visión de la relación de Jesús y la comunidad mesiánica con la autoridad civil choca frontalmente con el concepto que ha caracterizado a la cristiandad durante la mayor parte de su historia. Especialmente a partir de la toleración, legalización y, finalmente, el establecimiento de la iglesia cristiana como religión oficial en el Imperio Romano en el siglo IV, la actitud de la iglesia hacia la autoridad civil ha sido generalmente positiva. Incluso, lo que fue tan evidente en la comunidad apostólica, “es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hech. 5:29), perdió todo sentido en una iglesia donde se entendía que el César también hablaba por Dios. La excepción ha sido provista por movimientos de renovación radical, cuya valorización del papel de la autoridad civil generalmente se ha asemejado más a la de Jesús y la comunidad primitiva.

B) La Paz y el Militarismo[3]

Durante el entero período del Nuevo Testamento la posición de la iglesia primitiva era clara en cuanto a la paz y la violencia, en cuanto a la no resistencia y el militarismo. Y a partir del año 100 la situación continuó sin cambios. Los padres de la iglesia eran unánimes en su apoyo de la paz y en su oposición a la guerra. Entre los años 100 y 313 no hay ningún escritor cristiano, que sepamos, que haya aprobado la participación de cristianos en la guerra. En realidad, todos los que escribieron sobre el tema desaprobaron esta práctica.

Los espectáculos de gladiadores y de fieras en el circo, el aborto y el infanticidio, que eran prácticas comunes de la época, estaban totalmente fuera de lugar para los cristianos. Esta actitud también incluía el rechazo de la matanza en la guerra, pues los cristianos se caracterizaban por un profundo respeto para la vida humana. Clemente de Alejandría

---

[3] Para esta sección véase a Juan Driver, *Como los cristianos hicieron la paz con la guerra*, Ciudad de Guatemala, Ediciones Clara-Semilla, 1993.

escribió, “Nosotros, los cristianos somos una raza pacífica … pues, no es para la guerra, sino para la paz que somos adiestrados” (El Pedagogo, I,12).

Justino Mártir, apologista griego viviendo en Roma que abogaba por la no violencia, escribió alrededor del año 153, “Y los que antes nos matábamos uno a otros, no sólo no hacemos ahora guerra a nuestros enemigos, sino que por no mentir ni engañar a nuestros jueces al interrogarnos, morimos gustosos por confesar a Cristo” (Apología, I,39). Justino no dudaba en describir a los cristianos como gente de paz. El entendía que la visión profética de Miqueas 4:1-4 había comenzado a cumplirse en la comunidad cristiana. En realidad, Justino fue sólo el primero entre muchos padres de la iglesia primitiva que compartían este pensar. Incluidos en esta lista estaban Ireneo, obispo en el sur de Francia; Tertuliano, teólogo del Norte de Africa; Orígenes, de Egipto y Palestina, y otros. De modo que esta visión de la paz y la realidad del reinado de Dios en la iglesia eran ampliamente compartidas en todas partes de la iglesia en los primeros tres siglos.

Sin embargo, hay que reconocer que la posición de la iglesia en relación a esta cuestión no era absolutamente inequívoca. Hasta el año 170 no se ha encontrado ninguna evidencia segura que los cristianos sirvieron en el ejército. Pero a partir del año 170 comienza a crecer muy gradualmente el número de cristianos en el ejército romano y no por eso fueron excluidos de la comunión de la iglesia. Al principio, sin duda, serían soldados, que al hacerse cristianos, sencillamente permanecieron en el ejército. Más tarde, este grupo llegaría, de manera creciente, a incluir a cristianos que se habían hecho soldados. Pero con todo, en la última parte del siglo III y la primera parte del siglo IV hubo por lo menos unos seis mártires entre los militares, soldados que por razones de fe rehusaron tomar parte en el ejército del Imperio Romano y sufrieron las consecuencias.

Las prácticas concretas de los cristianos durante este período a veces contradecían la visión de la iglesia, tal como ésta quedaba reflejada en los escritos de los padres de la iglesia. Pero tristemente, esta siempre ha sido la experiencia de la iglesia. A través de la historia de la iglesia observamos cierta tensión entre las enseñanzas de la iglesia y el comportamiento práctico de los cristianos. Pero más que nada, estas claudicaciones parecerían ser signos de debilidad humana y de pecado en la iglesia.

La iglesia primitiva resistió la tentación a rebajar sus enseñanzas al nivel de sus prácticas. Las convicciones de los cristianos primitivos eran, sin duda, no violentas. Sin embargo, tuvieron que esforzarse grandemente a fin de permanecer fieles a su Señor en medio de una situación social cambiante.

La oposición de los primeros cristianos a la guerra y al servicio militar se basaba básicamente en el ejemplo y en las enseñanzas de Jesús. Esto les llevó a resistir tenazmente los males y las injusticias de su tiempo. Pero en esto, rehusaron firmemente a responder a los malhechores con violencia. Estaban dispuestos aún a sufrir la persecución, y hasta la muerte, antes de ceder a la tentación a derramar la sangre de sus perseguidores. Respetando, así, la vida de sus enemigos, ellos resistieron la tentación a contribuir a esa espiral de la violencia.

Los primeros cristianos también rehusaron prestar el servicio militar porque rechazaron sus reclamos idolátricos. Aunque ellos reconocían la importancia de gobierno humano a fin de fomentar la justicia y la paz, ellos percibieron la existencia de una oposición fundamental entre el César y Dios. Por lo tanto, ellos rehusaron firmemente tomar parte en las ceremonias cúlticas paganas que eran parte integral de la vida del ejército romano. Pero aún más fundamental era su rechazo de los reclamos del emperador y de su ejército sobre su lealtad y su obediencia absolutas.

Pero a partir de Constantino, a principios del siglo IV, el panorama cambió notablemente. Ambrosio y Agustín eran activos en el liderazgo de la iglesia en Italia y el Norte de Africa durante este siglo. Sus escritos proveyeron la base teológica para los cambios constantinianos. Ambrosio, mismo, encarnaba en su persona este cambio. El hijo de un oficial militar, Ambrosio llegó a ser gobernador en el norte de Italia. Cuando el obispo de Milano murió, Ambrosio fue escogido por aclamación popular para ser su nuevo pastor, aún sin haber sido bautizado. El no dudó en emplear el poder del imperio en lo que él consideraba los intereses de la iglesia. El celebraba los cambios ocurridos en las relaciones entre la iglesia y el estado. Incluso, decía que Dios mandaba las guerras y peleaba a favor de las fuerzas imperiales.

Los príncipes del imperio, que anteriormente perseguían a la iglesia, se habían convertido en los predicadores del evangelio. Pero, ¿qué evangelio? Ambrosio aplicaba los textos del Antiguo Testamento a la tarea de defender, con la fuerza militar, el imperio contra los bárbaros, al igual que contra sus adversarios políticos. Anteriormente, la cuestión había sido, si los cristianos podrían servir en el ejército. Ahora, la guerra misma se hace bajo los auspicios divinos. Y una vez que se determinaba que la guerra era de Dios, ya no había ninguna duda en cuanto a la participación de los cristianos.

Esto ha hecho aún más difícil la posición de las iglesias de paz. Anteriormente los cristianos pacifistas habían sido solo perseguidos por las autoridades civiles. Ahora, además del estado, la iglesia los perseguía. Así que, a través de la historia, el estado busca y recibe la bendición de la iglesia sobre sus guerras y los movimientos de renovación radical, que toman en serio la no resistencia como postura de los seguidores de Jesús, han sido perseguidos y reprimidos tanto por la iglesia como por el estado.

Agustín fue el que desarrolló con más claridad las implicaciones del cambio constantiniano. El procuró justificar teológicamente la participación de los cristianos en las guerras del imperio. Y para su crédito, también intentó limitar la crueldad y la barbarie de la guerra, insistiendo que la causa y los medios fueran siempre justos.

Agustín no dejó ninguna duda en cuanto a la lealtad de los cristianos a la autoridad civil y su responsabilidad para contribuir al bienestar social bajo las condiciones impuestas por la autoridad. Bonifacio fue gobernador militar en el Africa del Norte. Llorando la muerte inesperada de su esposa, Bonifacio pensaba abandonar su carrera militar y dedicarse a una vida monástica de contemplación y servicio. Por su parte, Agustín hizo todo lo posible para persuadirle a seguir “sirviendo a Dios” como militar.

Agustín basaba su visión de la vocación militar para cristianos en el mandamiento a amar a Dios y al prójimo. En la práctica, esto significaría, en último caso, amar a unos prójimos y matar a otros. El citaba tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo para señalar cómo el servicio militar y la vocación cristiana podrían ser compatibles. Su visión de la vocación militar se inspiraba en la visión paulina de los dones carismáticas. El insistía que el propósito del soldado cristiano siempre debe ser establecer la paz. "No pienses que nadie puede agradar a Dios si milita entre las armas de guerra. … Cuando te armas para pelear, piensa ante todo esto: también tu fuerza corporal es un don de Dios. Así no pensarás en utilizar contra Dios el don de Dios." (Epístola, 189.6).

Según Agustín, los cristianos son justificados en hacer la guerra solamente cuando ésta es ordenada por una autoridad legítimamente establecida. Esto es así, aún cuando la autoridad esté equivocada. Esto elimina la guerra motivada por razones ilegítimas, tales como deseos de dominar, rebelión, salvajismo y crueldad . Sin embargo, deja sin cuestionar las motivaciones de la autoridad que la ordena. Agustín pensaba que cuando la autoridad ordenaba la guerra, el cristiano podía obedecer estos órdenes sin problemas de conciencia.

"¿Qué hay de mal en la guerra? ¿Que personas mueren, que de todos modos morirán algún día, a fin de que los que sobreviven pueden ser subyugados en paz? El cobarde se queja, pero no es preocupación de personas religiosas. … Una vez que la guerra haya sido declarada, los soldados deben servir en ella a fin de fomentar la paz y el orden públicos. Jamás de debe cuestionar la justicia de una guerra llevada a cabo por orden de Dios. … Dios declara la guerra a fin de echar, eliminar y subyugar el orgullo en los seres humanos. … Y nadie tiene poder sobre éstos a menos que le sea otorgado desde arriba. Todo poder viene por mandato expreso o permiso de Dios. Así que, un hombre justo puede legítimamente combatir para establecer un orden de paz civil, aún cuando sirva bajo el mandato de un gobernante irreligioso. … El mal de dar órdenes (equivocados) podría hacer culpable al gobernante, pero el orden de obediencia significa que el soldado es inocente. Cuanto más inocentemente, entonces, puede una persona participar en (la guerra) cuando Dios la manda a combatir" (Contra Fausto, 22.74.75).

Agustín también pensaba que se debiera utilizar la fuerza contra los cristianos disidentes en la iglesia. Por ejemplo, cuando los Donatistas en el Norte de Africa se retiraron en protesta contra algunas de las consecuencias de la nueva alianza que Constantino había hecho con la iglesia, Agustín dio su aprobación a la violencia contra ellos. El firmemente creía que el emperador actuaba bajo la influencia de Dios, al ordenar la represión violenta del movimiento, pues a él le correspondía mantener la paz y el orden en el imperio. Como gobernante cristiano, era su deber suprimir divisiones en la iglesia, de la misma manera en que actuaría contra una sublevación en el imperio.

Al abrazar el cristianismo, Constantino creó una nueva situación para la iglesia. En su respuesta a esta nueva situación, Agustín abandonó ciertos temas neotestamentarios y enfatizó otros. En su interpretación de las Escrituras prácticamente abandonó la visión de la presencia del reino de Dios. En los Evangelios, esta visión del reino de Dios había sido sumamente importante para Jesús. A partir de Agustín, el reino de Dios vino a

entenderse en un sentido principalmente futuro y espiritualizado, o interior. La visión de la paz mesiánica, proclamada por los profetas, concretamente realizada por Jesús en la creación de una nueva humanidad, y afirmada por los padres de la iglesia durante los primeros tres siglos, en esta nueva situación constantiniana ya no parecía ser una opción viable. Agustín, en contraste, hacía una distinción entre una paz temporal y una paz verdadera eterna.

Para Agustín, la primera de éstas era una paz imperial establecida y asegurada mediante el poder militar. En este sentido, podía hablar del emperador, y de los soldados cristianos, como pacificadores. La paz eterna, sin embargo, era una realidad puramente interior que los creyentes individuales podían gozar en el presente. Pero la realización concreta de esta paz quedaba postergada para el futuro, para la vida venidera.

Por eso, según la perspectiva de Agustín, cristianos participan de la guerra a fin de lograr una paz temporal. Y los sufrimientos que padecen, como consecuencia de la violencia bélica, son percibidos como una preparación para gozar de la paz celestial venidera. En realidad a partir del año 438, sólo los cristianos podían servir en el ejército romano, tan completa había sido la conversión de la iglesia al imperio. El evangelio que la iglesia seguía profesando ya no sería el mismo evangelio del reino que Jesús había venido proclamando. La *pax romana* establecida y asegurada por el poderío militar, había desplazado al evangelio de la paz que Jesús y sus apóstoles habían predicado. En lugar de ser hacedores de paz, al estilo de Jesús, la iglesia pretendió hacer la paz mediante la guerra, al estilo de Constantino.